
Europa necesita capitalismo

EUROPA OCCIDENTAL, si bien actualmente enfila una recuperación económica, muestra señales de decadencia estructural: alto índice de desempleo, declive demográfico y consecuente desequilibrio entre la población joven y anciana, pérdida de vitalidad económica y, sobre todo, cultural. En estas condiciones no le es posible competir con las sociedades y las economías de Estados Unidos y Japón, que, en cambio, exhiben tendencias opuestas a

las europeas. Por ejemplo, el paro en Estados Unidos ronda el 6%, mientras que la media europea es del 12%, sin haber dejado de crecer durante los años ochenta y primeros de los noventa. Estos y otros datos muestran que la enfermedad guarda relación con el modelo social y económico europeo.

Cultura del "interés"

En primer lugar, hay que dejar

constancia de que el *modelo europeo* utiliza las posibles virtudes del capitalismo en mucha menor medida que Estados Unidos y Japón. Por ejemplo, la mayoría de los países europeos mantiene tasas de interés reales mucho más elevadas que las de su crecimiento económico. Ello implica que en Europa tiende a prevalecer la cultura del *interés* sobre la de la *inversión*.

Los impuestos que se pagan en los países europeos son, por término medio, mucho más altos que en Estados Unidos y Japón. Ello implica que el circuito de capitales en Europa se ve fuertemente influido por la intervención redistributiva del Estado. Esto aporta cerca del 30% al producto interior bruto en Japón y Estados Unidos, y en torno al 45% en los países europeos. Este diferencial del 15% en términos generales, constituye una medida importante y dramática de la desventaja competitiva entre Europa y los otros dos países. Asimismo, guarda relación con la cuota diferencial de capital que se pone en circulación a través de un sistema menos eficiente que el del *libre mercado*.

Y aquí está el problema: el Estado social europeo sustrae muchos más recursos del mercado y no está en condiciones de hacerlo fructificar plenamente cuando los reintroduce en el propio mercado. El Estado social es, por tanto, un freno a la riqueza global porque secuestra capital haciéndolo circular por la estrecha vía de la *economía burocrática* y no por la autopista del

liberalismo económico.

Este despilfarro implica infrautilizar tanto los recursos humanos como la capacidad de crecimiento económico. Y, de hecho, Europa crece poco y tiene demasiados ciudadanos en paro. Uno podría aceptar este derroche de recursos humanos y económicos si, al menos, se reflejaran en un beneficio social. En cambio, las estadísticas comparativas muestran que en la Europa del Estado social hay más *desigualdades* que en Japón y Estados Unidos; que al sistema educativo europeo le falta cualificación, que Europa sufre un grave retraso en la creación de tecnología. En fin, que los europeos ya no son protagonistas de la *cultura*.

Estos datos demuestran que Europa está enferma.

Para curarla es preciso actuar simultáneamente en dos frentes: a) rebajar fuertemente las necesidades del gasto público en los países europeos y, consiguientemente, el nivel impositivo; es decir, reducir sustancialmente las dimensiones del Estado social; b) acelerar la integración de las *reglas* del Mercado Único (con especial prioridad a la estandarización intraeuropea de los *derechos de propiedad*).

La primera iniciativa garantizaría la transferencia de importantes sumas de capital europeo de la ineficiente *gestión redistributiva* del Estado social a la *regenerativa* del mercado.

La segunda serviría para extraer más capitales de los mercados nacionales e inyectarlos más

velozmente en el circuito paneuropeo a fin de dotarlo de un mayor dinamismo. La segunda iniciativa es un mandato y una responsabilidad de la Unión Europea y consiste, sustancialmente, en acelerar lo que ya está en marcha a fin de perfeccionar el *mercado único*.

Mayor complicación

La primera, en cambio, reviste una mayor complicación al implicar la derrota definitiva del *socialismo* y de su *teoría del Estado social* en los principales países europeos. La izquierda europea —al contrario de la estadounidense— tiende a ofrecer un pacto social de *tutela integral* de los ciudadanos, independientemente de la dinámica del mercado. Ello mantiene viva una paradoja: los trabajadores votan una tutela que no les tutela.

Tan sólo el mercado, de hecho, puede decidir respecto a la calidad y estabilidad de un puesto de

trabajo. Si los trabajadores con rentas medias y bajas (y los parados) entendieran que *más mercado* significa mejorar la tutela de sus intereses, en forma de *oportunidades crecientes*, votarían a partidos liberales o, al menos, a una izquierda *no proteccionista*, es decir, a una izquierda que eche en saco roto su genética *socialista-estalinista*.

La gran reforma de Europa coincide con una revolución en lo que respecta a los intereses individuales: comprender que el capitalismo puede ser de masas si el mercado se libera al máximo (obviamente, dentro de unas reglas de estabilidad y garantías). Cuando se produzca esta revolución podremos volver a hablar de Maastricht, considerando su agenda de convergencia europea como una *consecuencia* de la revolución neocapitalista y no, de forma un tanto irreal, como una mera *promesa*. ☉

Carlo Pelanda